



Desde la izquierda, una visitante en una sala del Museo de América; pergaminos expuestos, y una momia en una vitrina. / ANDREA COMAS

colonización en una institución de este tipo. "Primero: detectar cuáles son los artefactos que son objeto de colonialismo, conocer cómo han llegado al museo, reevaluar la interpretación del objeto y la forma en que se exhibe. Lo que cambia es la forma de mirarlo".

La mayor parte de los fondos del museo vienen de donaciones, recuerda Izaskun Álvarez, de la monarquía hispánica del siglo XV al XVIII y de los museos de Ciencias Naturales y Arqueológico. "Es difícil saber si el donante tiene la pieza por un expolio", plantea. Lo que abre otra paleta de grises: a falta de leyes nacionales, existen tratados internacionales firmados entre los años cuarenta y setenta, pero afectan solo a los Estados que se adhieran y no son retroactivos. "La línea de la Unesco es buscar el acuerdo entre países", apunta Dedeu.

El proceso termina dependiendo de la voluntad descolonizadora de cada Estado. Y del diálogo que la Unesco impulsa con un comité creado para facilitar restituciones. "El ICOM [Consejo Internacional de Museos] tiene una directiva clara: pieza robada, si se puede justificar, pieza devuelta", destaca Álvarez. "El INBAL no

acepta una obra, ni en donación, si no está clara su procedencia y las facultades legales de quien la hace", agrega Jiménez. Pero Dedeu plantea dudas: "Imaginemos que el Gobierno de Camerún reclama algo a Francia; pero la obra en pertenece a una tribu en una época en que ese Estado ni existía. ¿De quién es?". En el caso de España, las preguntas vuelven al principio: si hubo colonización, por tanto, expolio, ¿habría que devolver todo? ¿Qué pasaría si los habitantes de ultramar eran ciudadanos españoles?

Una de las salas más controvertidas del Museo de América es la de los denominados cuadros de castas que reproducen momentos de la convivencia de matrimonios mestizos (tanto de indígenas como de afros con españoles). A falta de cartelas, solo queda debatir con la historiadora.

—Como fruto de la inmigración europea, asiática, africana, en un territorio enorme donde no había restricciones de matrimonios mixtos a la hora de las herencias, había que legislar muy bien, explica la experta.

—¿Inmigración africana? Fueron barcos llenos de esclavos que llegaron a América.

—España no tiene excusa, pero no tenía barcos negreros, continúa Bueno. Eran de los holandeses. Nosotros podíamos comprarlos. ¿Por qué se introdujeron los negros en América? Porque los americanos eran españoles y no podían ser esclavos.

—¿Nos resta responsabilidad? —No, claro. Pero, para hablar sin acaloramiento y saber qué grado de implicación ha tenido mi país en esos horrores, necesito conocer la historia.

Para Izaskun Álvarez no hay medias tintas: "No eran iguales, los americanos eran súbditos del rey, pero también subordinados. España fue una monarquía hispánica impresionante y un imperio, pero gracias a América, al extractivismo. El nacimiento del racismo se ve en los cuadros de castas. Aquí se niega que seamos racistas, pero los libros de secundaria ni incluyen temas sobre la esclavitud. Hay que descolonizarlos".

Las historiadoras coinciden en las dificultades para revisar un museo como el de América: hay que dejar las ideologías a un lado, los funcionarios con carácter técnico no ayudan ("sacan la plaza y pueden estar aquí o en el Museo del Ejército", apostilla Álvarez) y está el factor presupuestario. Sin dinero, no hay descolonización.

El Ministerio de Cultura no ofrece desgloses: el presupuesto general de todos sus museos para 2023 suma casi 29,5 millones en gastos de personal, 24 en gastos corrientes y dos millones en inversiones reales. El único dato sobre el Museo de América se refiere a su ejecución presupuestaria en 2022: tres millones de euros. Miguel Iceta, ministro de Cultura y Deporte, insiste en público que no pretende descolonizar los museos. Pero la elección de Gutiérrez como nuevo director del de América parece indicar lo contrario. Varias fuentes consultadas, además de declaraciones en medios, avanzan que su mandato, si nada cambia con las elecciones del 23-J, se dirigirá hacia la relectura de la colección. Tal vez, el tiempo al fin se mueva en el Museo de América.

La historiadora Isabel Bueno, el 19 de mayo en el Museo de América, en Madrid. / A. C.

OPINIÓN / PAULA BONET

Trampantojo

Escribo este texto a golpes, al ritmo de unos tambores que hacen que en mi estómago resuenen sonidos sordos. Anuncian a una multitud vestida de blanco que parece celebrar a un joven que entra en la edad adulta. Digo parece porque, supuestamente, el Bar Mitzvah se celebra los sábados y hoy es miércoles. Hace calor, pero voy tapada hasta los pies con un vestido de hilo beige que cubre piernas, hombros y la zona superior del pecho. Aun así, cuando entre en la Explanada de las Mezquitas, me darán otra falda también hasta los tobillos y me pedirán que abroche el primer botón del vestido camisero. No hay botón, así que tendré que tensar un imperdible a la altura de la garganta.

Escribo mientras las mujeres con las que viajo dibujan en sus cuadernos. Lo hacemos en una zona excavada de la ciudad, en uno de esos estratos que Rafael Chirbes compararía con capas de hojaldré y que hace dos mil años debía ocupar el cardo romano. Un grupo de militares muy jóvenes se ha reunido a los pies de un gran trampantojo que ilustra lo que sería la vida en la antigua vía comercial. Al otro lado, el Muro de las Lamentaciones, y pegada a este, la Explanada de las Mezquitas, donde muy pronto tendré que buscar un imperdible y, también, donde hace cinco años me acusaron de ser una ladrona por pegar una hoja de olivo en mi cuaderno. Me lo arrancaron de las manos y me empujaron hasta una pequeña habitación a la que no llegué a entrar porque el amigo con el que viajaba se acercó alarmado al ver los movimientos bruscos. La situación se arregló con el típico pacto entre hombres: sin mediar palabra, uno nos puso, al cuaderno y a mí, en manos del otro, y aquí no ha pasado nada.

Pretendía seguir un orden en la lectura de la bibliografía que había preparado para este viaje (Zeruya Shalev,

Lea Goldberg, Meir Wieseltier), pero Nathalie Léger se adelantó velozmente por la derecha y desde que llegué a Jerusalén no dejo de pensar en Pippa Bacca. "Querida Paula, creo que este libro puede entusiasmartelo", leí en una tarjeta que encontré dentro de un ejemplar de *El vestido blanco*. El libro lo tiene todo: una historia interesante, la vida y el arte entrelazados, y una narradora con mirada crítica que, en paralelo, mantiene un diálogo con su madre.

"¿Por qué dos vestidos?", escribe Léger, porque la idea era "realizar una peregrinación ancestral, el famoso viaje a Jerusalén, pasear su traje por las autopistas para que, al igual que un papel secante, la tela se impregnara, para que el tejido no olvidara nada". La artista italiana Pippa Bacca decidió, en 2008, realizar una *performance* que partía de la confianza ciega en el mundo, de la supuesta bondad a pesar de lo complejo de las capas (no sé si de hojaldré, de palabras o de carne) que también nos configuran como seres humanos. Vestida de novia, atravesó haciendo autostop lugares en los que las consecuencias de la guerra seguían estando presentes. Nunca llegó a Jerusalén. Durante el trayecto, un hombre la violó y acabó con su vida.

Sentada sobre el suelo frío de mármol de la iglesia del Santo Sepulcro dibujó en un cuaderno que preparé con la intención de despedirme de mi trabajo como ilustradora. La editorial para la que trabajaba me propuso que escribiera "a lo James Rhodes" un caso de acoso que estaba viviendo en carne propia, así que devolví el adelanto, cancelé el proyecto, y ahora tengo un cuaderno lleno de manchas blancas y terrosas perfecto para retratar este lugar.

El olor de mi infancia impregna el espacio y mientras observo la talla de una Virgen pintada en blancos y azules, recuerdo que las imágenes no son solo manchas de color (otra vez Chirbes), "sino también el golpe violento de un aroma imprevisto que llega cargado de recuerdos". El machaque religioso vuelve a mí con violencia y me hace sentir segura en un lugar que sé que no lo es. Debe ser que aquí siento cerca la presencia de mi abuela. La abrazaré. Después, saldré con paso firme de este trampantojo de botones abrochados, pan de oro, cánticos angelicales, y violencias contra las mujeres.



Pippa Bacca, en 2008 durante su viaje-performance. / EFE

